

MALA COMPañÍA

TRABAJO



INVESTIGAR PARA REPENSAR EL TRABAJO

Los anuncios del pasado 21 de mayo en materia de trabajo destacan el pleno empleo, mayor seguridad social y capacitación. Se despliega el relato ideológico y un nuevo modelo cultural neoliberal que llamamos “el Chile del emprendimiento”, que desde algunas décadas gana terreno frente a nuestro modelo cultural tradicional hacendal.

De acuerdo a “el Chile del emprendimiento”, el éxito personal, devenido en país de liderazgo, se logra por medio del esfuerzo y las virtudes individuales: responsabilidad, honestidad, orden y trabajo bien hecho, cotidiano, de todos y cada uno de los ciudadanos. En el contexto del librecomercio, la inversión extranjera y exportaciones de nuestras materias primas, (o “políticas responsables”), *la actitud* produce el crecimiento económico, *el camino* al desarrollo. La prosperidad familiar se logra gracias a las oportunidades que provee este mercado. Los sujetos, vía emprendimiento y capacitación, están llamados a abordar el carro del desarrollo. Quien se quede abajo deberá asumir no haber adoptado la actitud adecuada. Esta es la sociedad de la libertad; en la que se puede formar una empresa en 7 días, capacitarse para trabajar mejor y adquirir productos importados. Dicho discurso sitúa en oposición a la nuestra a sociedades que ahogan la libertad (de mercado), y donde no todos se esfuerzan. Las sociedades -europeas- que están padeciendo las crisis económicas, de políticas irresponsables (con excesiva protección social).

Se impulsa un modelo cultural individualista, que valora el emprendimiento, pese a que los chilenos prefieren la seguridad del trabajo asalariado, pero donde, frente a un mercado laboral que privilegia cada vez más la flexibilidad, donde hay altos niveles de precariedad, desigualdad y donde hay pocas posibilidades de transformación de las condiciones laborales vía negociación colectiva, se ve en los emprendimientos individuales una opción de salida. Se omite que tener trabajo no es sinónimo de bienestar, puesto que los empleos son cada vez más inseguros: priman los contratos indefinidos, pero muchos son de corta duración, hace décadas crecen los contratos a plazo fijo y en materia de ingresos, casi el 80% gana menos de \$350 mil mensuales.

Sólo así es como el emprendimiento se erige como posibilidad y valor, siendo en concreto autoempleo, familiares no remunerados, altos niveles de autoexplotación, precariedad y bajas posibilidades de competir.

Dar una nueva dimensión a la investigación sobre el trabajo es uno de los objetivos del Laboratorio Transdisciplinar en Prácticas Sociales y Subjetividad, pues aquí radica parte de las fuentes de malestar que nos aquejan. En el presente inserto la línea investigativa de economía y política ofrece una mirada de las dimensiones económicas, políticas y culturales del trabajo que permite interpretar los discursos puestos hoy sobre la mesa. Hemos solicitado datos y una columna a la Fundación Sol, entidad investigativa que ha generado un nuevo paradigma de comprensión y observación de la realidad económica chilena. Escrita por el sociólogo Alexander Páez, la columna permite problematizar el discurso del pleno empleo que se ha instalado. Por otro lado, el reportaje principal da cuenta de las interacciones entre las significaciones del trabajo en Chile, a nivel de cultura y subjetividad. Este reportaje fue construido a partir de la investigación de Azócar, Mayol y Azócar entre 2009 y 2011. Se incluye datos que revelan la falsedad de las atribuciones a la falta de productividad. Además, el investigador Alberto Mayol aporta un análisis sobre la politización del trabajo como horizonte del proceso social que vive Chile hoy.

LaPSoS, Santiago, junio de 2013



EL PECADOR ECONOMICO: MALESTAR EN LA CULTURA LABORAL CHILENA

Cuando el chileno debe dar cuenta del país en el cual vive ¹, surge inmediatamente en el discurso una relación complicada con el trabajo. Las investigaciones realizadas desde 2009 a 2011 demostraron que esta visión implica un conjunto de atribuciones políticas, sociales y culturales. En este último sentido, el cultural, queda en evidencia una significación empobrecida de sí mismo: los chilenos se autodefinen como sujetos que se desempeñan mal en ésta área: flojos, irresponsables, impuntuales, desordenados, sacadores de vuelta, faltos de rigor y disciplina. Hacer las cosas a la chilena significará hacerlas “al lote”, sin prolijidad, a medias y a última hora. Ante ello, se asume, la búsqueda del mínimo esfuerzo conduce al pequeño vicio, a la estafa de poca monta, a cometer actos innobles por una ganancia exigua.

El panorama nacional, desesperanzador en cuanto a lo que acontece con la obra laboral cotidiana, contingente y corrompida, adquiere su signo opuesto cuando se trata de los recursos económicos heredados, para configurar un escenario de deuda. Parece existir según esta visión un don, regalo u obra que incluso podría entenderse como divina. Ese don recibido es que Chile es hermoso en su naturaleza, rico en recursos: minerales, agua, paisajes, ventajas climáticas para el desarrollo agrícola, los recursos marinos, en fin. Hemos heredado de todo, pero no hemos hecho nada con ello. Eso nos dice nuestra cultura. Tenemos un pecado original: no saber transformar la bendición en riqueza, somos ‘pecadores económicos’ y especialmente somos ‘pecadores laborales’. Si después del pecado original cristiano hubo que ponerse a trabajar, el chileno es doblemente pecador, porque tampoco lo ha hecho después. La mencionada investigación revela las consecuencias políticas y sociales de esta visión precaria del chileno. Y es que ante las mencionadas herencias, la falta de logros esperados en lo económico, terminan en una concreta sensación de deuda. Marcel Mauss, clásico antropólogo, observa que es propio del ser humano sentirse en deuda cada vez que recibe algo de otro. Esta deuda lo impulsará a entregar siempre una retribución de vuelta. El chileno ha recibido como dones la riqueza y belleza natural, el orden, la amabilidad y la tranquilidad, y no ha sido capaz de administrarlos, aprovecharlos para retribuir este don.

Las consecuencias más importantes se encuentran a nivel político. Esta sensación de no ser un trabajador competente justifica gran parte del orden político chileno y sus orientaciones castigadoras a los más pobres, sus caricaturas e incluso el fascismo implícito o explícito. El ‘pecado laboral’ se transforma en un legitimador de la pobreza y la desigualdad. Si el más grande de los pecados del chileno radica en su irresponsabilidad que ha derivado en una deuda con la vida económica, entonces la incapacidad de surgir, la pobreza, la falta de un futuro mejor tiene una causa dolorosa que está en cada chileno que ha fracasado en la estructura social. No se habla de lo que duele y duele demasiado la desigualdad, precisamente porque se percibe como merecida.

La sensación de deuda de los chilenos en lo laboral ha sido muy utilizada por la cultura conservadora, que transforma deuda en culpa y que responsabiliza a las precariedades laborales de los chilenos de los problemas sociales: la desigualdad, la pobreza, la corrupción y el subdesarrollo tendrían como base esta culpa. La caridad conservadora nunca puede ser justicia social, porque la pobreza es merecida. La caridad habla bien del que ayuda, no dice nada del ayudado. El pacto de clase propuesto por los conservadores en términos cul-

tales se basa en que los ‘patrones’ no ofenden a los ‘sirvientes’ pero tampoco éstos se rebelan jamás. Ambos asumen la culpa de un trabajador incapaz, pero se mantiene el pacto de silencio para evitar el dolor y la revolución.

De este modo, la forma en que en Chile se ha construido la significación del trabajo explica los principales rasgos de la falta de procesamiento político y social de la desigualdad y la pobreza. Y es que la cultura conservadora nos ha convencido que la precariedad es merecida, pues aunque trabajemos muchas horas, no sabemos trabajar.

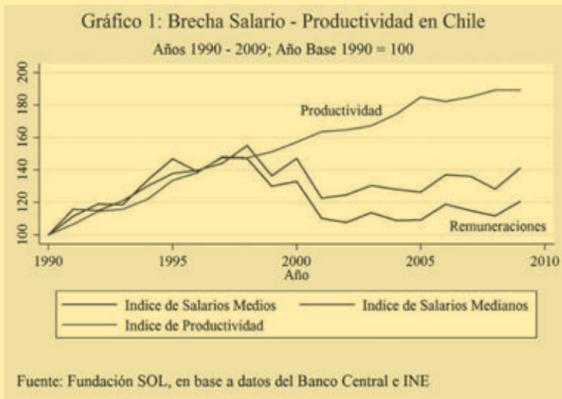
CUADRO DE DATOS

Los discursos respecto a nuestra inherente flojera contrastan con los datos que describen el mundo laboral en Chile.

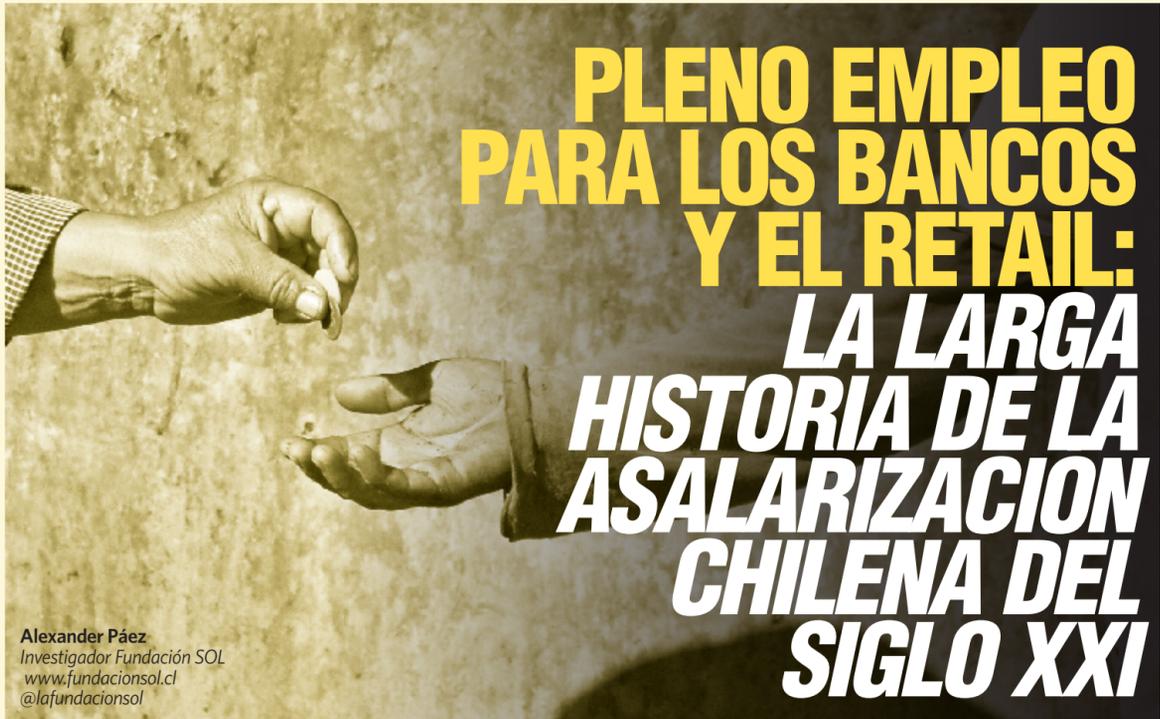
La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en su informe “Una mirada a los gobiernos 2011”, muestra que el promedio anual de horas de trabajo de los funcionarios públicos de de Chile está 17,6% sobre el promedio de los países de la OCDE. Mientras en estos se trabaja 1.742 horas al año en Chile son 2.048 horas. La misma OCDE muestra que nuestra situación no se reduce a los funcionarios públicos. Después de Corea del Sur somos el segundo país miembro en cuento a horas de trabajo promedio. Superamos a por mucho a Japón, que se ubica en el lugar 15.

En Japón el estrés laboral es una enfermedad muy común, junto con el fenómeno del karoshi (muerte por exceso de trabajo) que alcanza 10.000 personas fallecidas al año, entre las que destaca, la hemorragia cerebral, insuficiencia cardíaca y respiratoria producto de la presión existente.

En la última Encuesta Laboral (ENCLA) de la Dirección del Trabajo, se registra un aumento en la producción del 28,3% y junto con ello, la aparición del estrés por parte de los trabajadores. La enfermedad afecta a uno de cada cuatro personas según las cifras del Ministerio de Salud, las que son fundamentalmente mujeres ². Los datos de producción de la ENCLA son reforzados por el Banco Central y el INE, según los cuales desde 1990 la productividad ha aumentado progresivamente en Chile. Al mismo tiempo las remuneraciones de los trabajadores no se han incrementado de la misma manera.



² <http://asiapacifico.bcn.cl/noticias/japon-y-chile-larga-jornada-laboral-y-altos-niveles-de-estres>



PLENO EMPLEO PARA LOS BANCOS Y EL RETAIL: LA LARGA HISTORIA DE LA ASALARIZACION CHILENA DEL SIGLO XXI

Alexander Páez
Investigador Fundación SOL
www.fundacionsol.cl
[@lafundacionsol](https://twitter.com/lafundacionsol)

Hoy, según las autoridades estamos en situación de pleno empleo. La tasa de desocupación para el último trimestre presentó una cifra de 6,2%, en donde el 71% corresponde a asalariados del sector privado o público (sin contabilizar a la trabajadora de casa particular). De éstos, el 80% tiene contrato laboral según la Nueva Encuesta Nacional del Empleo (NENE) del INE para el trimestre enero-marzo 2013. De hecho, el 60% de la variación del empleo de los últimos 3 años está explicado por el empleo asalariado. Por estos datos, se celebra que ha aumentado el empleo, su formalidad y calidad, gracias a las gestiones económicas del actual gobierno. Sin embargo, esta es una historia mucho más larga y guarda un origen mucho más oscuro y discutible en cuanto a calidad laboral se refiere.

Según la ENE (1986-2009) y la NENE (2010-2013) entre el trimestre enero-marzo de 1986 y enero-marzo de 2013, los asalariados aumentaron en 3,1 millones de personas, en donde un 56% se explica por el ingreso de asalariados de la última década (2000-2013).Luego de la reforma laboral del 2001, que *formalizó contratos atípicos de trabajo*, entre el inicio del Gobierno de Ricardo Lagos y el último trimestre del Gobierno de Sebastián Piñera, los asalariados han aumentado en casi 2 millones, lo que representa el 68% del total de nuevos asalariados desde el regreso a la democracia. Es decir, 7 de cada 10 nuevos asalariados son posteriores a la reforma laboral de 2001.

La tasa de crecimiento de asalariados más altas de los últimos 27 años ha sido durante el gobierno de Piñera, alcanzando el 11% de crecimiento anual para el trimestre octubre-diciembre de 2010, seguida muy de lejos por el último año de gobierno de Patricio Aylwin(1993), donde se obtuvo una tasa de 7,6% de crecimiento anual para el trimestre julio-septiembre. En cuanto a perspectivas de largo aliento relacionadas con un criterio clásico de calidad, como lo es la formalidad, según la Encuesta CASEN, en 1992 existía un 82,6% de asalariados formales (con contrato escrito y cotizaciones), mientras que para 2011 esta cifra disminuyó a un 81,6%.

Si lo observamos de forma agregada, sumando la formalidad asalariada y según tamaño de empresa, ha aumentado el empleo formal de un 66,5% a un 72,9% del total de ocupados. Lo formal incluye a asalariados (incluido personal de servicio doméstico) con contrato de trabajo, empleadores de más de 5 personas y trabajadores por cuenta propia profesionales. Lo informal se refiere a trabajadores por cuenta propia no profesionales, asalariados sin contrato de trabajo (incluido personal de servicio doméstico) y empleadores de menos de 5 personas.

De hecho, para el trimestre enero-marzo 2013 se dio el mayor porcentaje de asalariados en relación a la población en edad de trabajar desde 1986, con un 38,9%, cuestión que durante el gobierno de Piñera nunca bajó del 36%. Entre 1986 y 1999, este indicador fluctuó entre 28,2% y 31,7% (promedios anuales), en cambio entre el 2000 y el 2013 fue entre 31,9% (promedio anual) y 38,9% (trimestre enero-marzo 2013).

Por lo tanto, durante la última década ha habido la mayor expansión de asalariados desde la vuelta a la democracia, con mayor expansión de la formalidad (aumenta en 9 puntos porcentuales el porcentaje de asalariados con contrato y cotizaciones), en un contexto de aumento y profundización de los grupos económicos financieros y comerciales. Además, esto ocurre en el marco de la reforma laboral del 2001, la que incorpora como contratos legales y formales, a relaciones laborales atípicas: el empleo part-time, contratos definidos, por obra o faena o de aprendizaje y corta duración.

La formalidad comienza a desafiliarse de su legado de protección y seguridad laboral, lo que va configurando un asalariado fundamentalmente flexible. Si

tomamos en consideración las horas efectivas anuales trabajadas y las comparamos con el crecimiento de los asalariados, vemos que se produce una brecha entre ambos: mientras el número de asalariados entre 1992 y 2011 aumenta en un 48%, las horas anuales lo hacen en un 31%. Hay más trabajadores pero no la misma cantidad mayor de horas, por lo tanto, cada año más asalariados acceden a horarios más reducidos de trabajo, pero con una tendencia al alza de la productividad por hora.

Cada hora se hace más productiva, a la vezque cada hora se hace más escasa. Según la ENETS 2009-2010, el 70% de los asalariados tienen un contrato en que se explicita la polifuncionalidad. El 10% de los trabajadores para el 2011 trabajaba menos de 32 horas, mientras que en 1992 trabajaba menos de35 horas. Esto implica que hoy trabajan un 20% menos de horas que hace 20 años.

En la organización de los asalariados se observa un descenso en la probabilidad de ser sindicalizado durante los últimos años. Ello se refleja en una disminución en la densidad sindical “absoluta” la cual pasa de un 19,4% en 1979 a un 14,5% en 2011. Además, la cobertura de negociación colectiva ha disminuido de un 13,5% en 1991 a un 11,3% para el 2011. Sumado a esto, según CASEN 2011, el 50% de los asalariados del sector privado obtienen ingresos por su ocupación principal inferiores a 218 mil pesos mensuales, lo cual está muy cerca del salario mínimo mensual.

Son las instituciones laborales, incluso las que protegen, las que están precarizando el trabajo asalariado. La estrategia de expansión de la asalarización cada vez vuelve más efectiva la hipótesis de que ésta permite regular tanto la rentabilidad de las AFPs –en tanto incorporación forzosa al sistema de capitalización individual- como generar una puerta de entrada al crédito de consumo, y por lo tanto, a la extracción de valor por parte de los bancos y el retail.

El trabajo hoy vale, pero para hacer circular nuestros propios ahorros. Hoy las AFPs son dueñas del 19,6% de CENCOSUD, el 15,6% de Ripley y el 7,9% del BCI. Por lo tanto, de nuestros propios ahorros salen los dineros para el préstamo con intereses que solicitamos –producto de nuestros bajos salarios- que nos obligan a mantener nuestro puesto de trabajo soportando abusos e instituciones laborales precarizadas. ¿Es posible que estemos observando que hoy hasta la protección de los derechos laborales sea un gran negocio para el capital financiero? Los fondos acumulados en las AFPs, representan el 62% del PIB, saque sus propias conclusiones.

A mayor asalarización, mayores ingresos para las AFPs, mayor acceso al mercado del crédito –sobre todo retail- y menor probabilidad de obtener los ingresos laborales para vivir una vida y pensión dignas. A esto se suma que el 60% de los cotizantes no alcanza a acumular \$20 millones para obtener una pensión mínima (Según la Superintendencia de Pensiones), y el endeudamiento anual representa el 100% de la masa salarial, que alcanza el 60% de los ingresos disponibles de los hogares. Esta cifra asciende al 40% del PIB, según el Informe de Estabilidad Financiera del Banco Central de abril pasado.

La Superintendencia de Pensiones y el Banco Central, operan hoy, como el antiguo INP, monitoreando nuestros salarios y previsiones. De esta forma, no necesitamos sindicatos, ni negociación colectiva centralizada, ni salarios que alcancen para una vida de bienestar, sólo un SERNAC poderoso, que resguarde nuestros “derechos como consumidores”. Esta es la larga historia del trabajador que se transformó en consumidor y de un país que abandonó al trabajo como centro de su estrategia de desarrollo.

¹ Los discursos de los que damos cuenta corresponden a la investigación que se realiza durante el año 2009 en el Centro de Investigación en Estructura Social de la Universidad de Chile, financiado con fondos de Iniciativa Científica Milenio. Los resultados de esta investigación se exponen en extenso en el libro “El Chile Profundo y sus transformaciones. La desigualdad como modelo cultural”, de Alberto Mayol, Carlos Azócar y Carla Azócar, que será publicado en septiembre por editorial Liberalia.

LA POLITIZACIÓN DEL TRABAJO

Los movimientos sociales de primera generación, surgidos a inicios del siglo XX y derivados de la "cuestión social", redundaron en la configuración de la izquierda política. Los partidos políticos como el Socialista y Comunista nacieron al alero de los movimientos sindicales. La dimensión de conflicto que politizó al actor sindical fue la contradicción expuesta por Marx entre capital y trabajo, esto es, la escena de explotación en un doble sentido: pésimas condiciones laborales e incremento de la utilidad empresarial derivada de esas condiciones. El principal control de los costos para el empresariado es, casi siempre, la fuerza laboral, pues se trata de una variable que puede modificarse de modo significativo según el escenario político y social.

La dictadura implicó una fuerte despolitización del trabajo. No sólo destruyó el sindicalismo como práctica y ética, sino que asesinó dirigentes y prohibió por ley la opción de ser líder sindical y ostentar cargos de representación. El trabajo pasó a ser un asunto privado, íntimo, relacionado con la capacidad de negociación individual, con la aprobación de las jefaturas y con la capacitación que permitiría un futuro venturoso o, al menos, menos dramático. Incluso más, la cultura del emprendimiento construyó un ideal de autoempleo, por lo que el mismo deseo de los trabajadores ya no sería la estabilidad laboral y sus certezas, sino la precariedad de arrojarse al mercado con su mano de obra para ser explotado por sí mismo. Esta obra de la dictadura irónicamente se terminó en democracia y de la mano de la coalición que logró vencer en las urnas a Pinochet. De críticos al modelo y aliados de los sindicatos y pobladores, ellos pasaron a ser expertos en coaching, asesores de empresas, privatizadores de compañías públicas y promotores del emprendimiento individual y de la precarización laboral. Y a partir de este apoyo, la cultura política y económica en su totalidad definió que los derechos laborales se limitaban a la seguridad física y que era imprescindible despolitizar el trabajo. Durante los gobiernos de la Concertación creció la subcontratación, que no fue regulada hasta las movilizaciones de sindicatos de subcontratados en la minería a inicios del siglo XXI. Pero incluso durante esas manifestaciones, la represión fue enorme. Estaba prohibido que el trabajo se politizara.

Los movimientos sociales de los últimos 3 años tienen algunas diferencias importantes. La escena de la economía que ha devenido en política es la del consumo. Dado que el principio de integración de esta sociedad es la actividad de consumo, los problemas integrativos

se han concentrado en esa dimensión. Más aún, el carácter asimétrico de la relación de consumo, ilustrado con los problemas de unilateralidades en las decisiones empresariales y los casos de colusión; han revelado la existencia en principio fantasmiosa del consumidor como una realidad problemática, cuando no crítica. Los problemas de endeudamiento y la conversión sistemática de los bienes públicos en bienes de consumo, han derivado en un aumento de la intensidad de los problemas asociados a la escena del consumo y en un cambio de su concepto. Gran parte de la ilegitimidad del orden político y económico existente en Chile deriva de una crisis de malestar que tienen en la escena del consumo su corazón. Pareciera entonces que en este escenario el trabajo tiene poca importancia como activador de crítica social y como escenario de problematización. Sin embargo, se puede plantear que sería cierta esta reflexión.

La politización del consumo significa la irrupción de una evaluación y crítica política en la escena económica, despojada de sentido social y político durante la postdictadura transicional donde el tecnocratismo operó como reemplazo apolítico para la toma de decisiones. Lo que se vive hoy en Chile tiene una dirección clara: la tematización crítica de las principales dimensiones en las que el modelo económico ha generado heridas sociales de gran magnitud, que son las escenas denominadas como 'abuso' y que tienen en el término 'lucro' su expresión crítica más consolidada al entender que la ganancia de unos implica el dolor de otros. En este proceso, el protagonismo del consumo es un primer paso. Todo partió en la crítica a la educación y al daño ambiental. Pero la crítica ya ha ido avanzando: cuando el sistema privado de pensiones y las ISAPRES estén en juego, estaremos en la antesala del trabajo. La pretensión de obligar a los trabajadores independientes a cotizar en AFP será una fuente de conflicto. Y el malestar social en las zonas mineras, todavía comprable con enormes sumas de dinero que privatizan la solución, llegará al nivel en que el punto de indemnización no exista, ya sea porque haya bajado el precio de los minerales o porque haya aumentado el malestar.

En el horizonte de desenvolvimiento de malestar social no sólo está la crisis de las instituciones o la ilegitimidad del modelo económico, sino además la repolitización del trabajo. Cuando ello ocurra, la escena económica quedará completamente en cuestión, tanto desde la dimensión de los consumidores como desde la de los trabajadores. Dicha situación no tiene precedentes.

con sentido y común

trabajo



LaPSoS

Laboratorio Transdisciplinar en Prácticas Sociales y Subjetividad

Mala Compañía es una publicación de LaPSoS realizada para el Desconcierto

Comité Editorial: Roberto Aceituno, Alberto Mayol, Rodrigo Zúñiga, Esteban Radiszcz, Danilo Sanhueza, René Valenzuela.

Dirección de Arte y Diseño: Magdalena Domínguez

Imágenes: Aldo Fontana

Con sentido y común: Andrés Rodríguez

LaPSoS es un núcleo de investigación financiado por la Iniciativa Bicentenario Juan Gomez Millas de la Universidad de Chile.

Director: Roberto Aceituno/ **Director Alterno:** Rodrigo Baño/ **Investigadores Principales:** Manuel Canales, Alberto Mayol, Esteban Radiszcz, Francisco Sanfuentes, Rodrigo Zúñiga/ **Investigadores Asociados:** Svenka Arensburg, Pablo Cabrera, Alejandro Gomez, Pepe Guzmán, Luis Henriquez, César Leyton, Luis Montes, Matías Sanfuentes, René Valenzuela/ **Ayudantes de investigación:** Gabriel Abarca, Carla Azocar, Danilo Sanhueza/ **Colaboradores asistentes:** Patricio Contreras, Ximena Montero, Roberto Requena, Paula Riquelme/ **Tesistas:** Marianella Abarzúa, Javiera Araya, Carla Brega, Nadinne Canto, Rossana Cervellino, Paulina Chávez, Cristián Echeverría, Alvaro Jimenez, Valentina Olivares, Tania Orellana, Helga Peralta, Loredana Polanco, Rodolfo Vasquez.